

JOSÉ ANTONIO ABELLA

# LA TIERRA LEVE



**La tierra leve**

© Del texto: **José Antonio Abella**

© De portada: **José Antonio Abella**

© De las características de esta edición: **ABADIA editors**

Colección: **La Garlanda**

Idea de la colección: **Matius Asociados**

Diseño y maquetado: **Carolina De Pobes**

Editado por: **ABADIA editors**

Cal Camps – 08697 MAÇANERS (L'Alt Berguedà)

Teléfono: +34 639107323

[www.abadiaeditors.com](http://www.abadiaeditors.com)

e-mail: [abadia@abadiaeditors.com](mailto:abadia@abadiaeditors.com)

Primera edición: diciembre de 2006

Impresión: **Publidisa**

ISBN 10: 84-96292-59-2

ISBN 13: 978-84-96292-59-8

Depósito Legal: \_\_\_\_\_

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra mediante impresión, fotocopia, microfilm o cualquier otro sistema, actual o futuro, sin el permiso escrito de la editorial.

*A María Jesús,  
compañera de viaje.*

# LA TIERRA LEVE

*Mientras lo sacaban afuera, uno de los ángeles dijo: “Ponte a salvo,  
no mires hacia atrás ni te detengas en parte alguna;  
huye a la montaña para que no perezcas”.*  
(Génesis 19,17)

*Me hundí hasta los cimientos  
de los montes, hasta el país  
donde son eternos los cerrojos.*  
(Jonás 2,7)

SÓLO TENGO PASADO. En eso me parezco a los muertos. Tres viejos cuadernos de espiral y un pequeño ordenador son mi única compañía. También una sombra que vive al otro lado de la pantalla azul del ordenador, azul de Prusia como los cielos de Van Gogh. Es la sombra de un hombre que apoya sus codos sobre una mesa igual a mi mesa, ambas manos recogidas sobre su boca muda. Mientras el ordenador está encendido, la sombra apenas es visible, no así cuando lo apago y su pantalla, negra de pronto, refleja las paredes de la celda que me acoge. Pienso entonces, de modo absurdo, que también la sombra me ha de ver a mí como a una sombra, como a un reflejo suyo. En realidad, eso es lo que soy: una imagen brumosa, niebla que se condensa en la pantalla y gotea sobre las teclas de este ordenador que a duras penas logra ordenar mi memoria, confinarla en palabras que puedan ser vencidas.

Mi memoria..., qué eufemismo. Ojalá que mi memoria fuese mía de la forma en que lo son una moneda o unos calzoncillos. Yo soy de mi memoria, ella es quien me posee, quien domina mis insomnios y mis pesadillas. Los recuerdos son los amos. Mía es la saliva y las palabras que fermentan en la lengua. Palabras que segrego y a duras penas escupo, como si muchos de los recuerdos que contienen fueran demasiado viscosos, sanguijuelas agarradas a las mucosas de la garganta. Un pequeño ordenador, tres cuadernos de espiral y una espiral de palabras. Ésas son ahora mis únicas posesiones. Después, también lo será el olvido. No me puedo quejar. Hoy por hoy, la Ley me garantiza un techo, un camastro

donde soñar y tres raciones diarias de alimento. Lo necesario para no morir, para que las células prosigan sus ciclos microscópicos, para que sigan creciendo las uñas y el cabello, segregándose saliva, lágrimas, cera en los oídos, para que no dejen los intestinos de producir detritus hasta llenar el mundo de mierda con el permiso de Dios y la inestimable ayuda de la humanidad entera. Un ordenador y tres cuadernos. El recuerdo como patrimonio y como lastre, sólo pasado, eso es lo que tengo.

Cuando llegué aquí, pronto hará dos años, todavía me sentía dueño de un presente, que es como decir que aún tenía la esperanza de seguir. Hoy –hasta la saciedad me lo repito– sólo tengo pasado. Diez metros cuadrados de cemento son mi presente. Mi futuro, si es que tal cosa existe, una pequeña ventana enrejada por donde se asoma un sol distante. Pero no siempre ha sido así. Hubo un tiempo en el que yo sólo creía en el presente. Lo demás no existía. El pasado no era sino recuerdo. El futuro, ensoñación. Y ni la ensoñación ni el recuerdo me parecían hijos de la realidad, sino tibios sustitutos de la misma.

Ahora no estoy seguro de nada. Tanto cansancio y tan poca certeza... A veces me pregunto si no le ocurrirá lo mismo a todo el mundo. Si no seremos todos extrañamente iguales, iguales hasta el punto de que la vida no sea sino repetición de sí misma. Iguales hasta el aburrimiento y repetidos hasta la náusea. De ser así, poco sentido tienen las palabras. Bastaría mirarse en el espejo, como miro y me mira la sombra de la pantalla, para ver la historia de la humanidad. Sin embargo, todos nos creemos distintos, protagonistas de una vida propia e irrepetible, una vida donde la palabra es camino y testimonio, palabra para dejar constancia de nuestro paso, para justificar nuestras torpezas, para dar sentido a lo que, quizá, ningún sentido tiene.

Vivir es lo que mata, poco más he aprendido de mi paso por el mundo. Desde tan simple convicción, contemplo ese presente del que dudo

y al que temo: otra de mis contradicciones, de sencillez cartesiana. Temo al presente, luego existe. (Un presente al otro lado de mi presente, del paréntesis de cemento en que ahora vivo. Un paréntesis que yo quisiera ver seguido de un punto final. Un paréntesis sin futuro. Porque ese paréntesis es también protección y escudo. Todo está medido en su interior. En el refugio de sus límites no hay espacio para la esperanza ni, por lo tanto, para la frustración. Me dan ganas de no salir nunca de él. Mas pronto se abrirán las puertas de mi celda sin que yo pueda decir me quedo, gracias, el mundo es tan grande y estoy tan cansado...)

Cierro este paréntesis de tinta rumiando sus últimas palabras: estoy cansado, cansado, cansado... Cientos de veces me sorprendo con parecidas palabras en la boca. Y es que las ruinas de mi mundo son un montón de palabras. Con ellas me enveneno y me alimento, palabras hechas carne de sí mismas, huesos mondos para caníbales onanistas y desamparados. En ese mundo estoy, sin fuerzas para seguir. ¿Cómo retomar el hilo de mi propia historia? ¿Cómo salir a ese otro mundo donde nadie me espera...? Acaso Jonás, mi hijo. Él me ha dado mucho en estos meses de reclusión. Pero ¿qué le puedo ofrecer yo a él? Qué, sino un abrazo desvalido. Qué, sino dos lágrimas sujetas y un nudo en la garganta. Hubo un tiempo en el que tuve un hijo para quien yo era necesario. Ahora ya no. Hubo un tiempo en el que tuve una mujer, un trabajo, una casa. Ahora no tengo nada. Sólo cansancio, sólo pasado, sólo palabras que contuvieron sueños y hoy no son sino el lastre que deja todo sueño al esfumarse.

–Todos pagamos un precio excesivo por sueños hechos de aire, nada más que de aire–, me lo dijo el director de la prisión a poco de llegar aquí. También dijo que lamentaba verme en este lugar. Que mi condena no era larga. Que podría rehacer mi vida.

Él no sabía que mi vida ya estaba deshecha antes de llegar a esta celda donde ahora escribo. Ciertamente, mi condena no era larga, en eso sí

tenía razón. Mucho menos larga de lo que ni él ni nadie sospechaban. Yo, que había sido condenado por un delito fiscal –“por un delito romántico, un delito de solidaridad”, según dijeron la prensa y mi abogado–, tenía sobre mi conciencia la espada de un homicidio no descubierto, una muerte de la que fui encubridor, y no sólo encubridor, sino también, de algún modo, responsable. La muerte de un hombre degollado no por mis manos pero sí por mis sueños.

De nuevo se equivocaba el director de la prisión: yo no estoy pagando un precio excesivo por aquellos sueños, porque aquellos sueños no estaban hechos sólo de aire, sino de una involuntaria pero real argamasa de aire y sangre. Tales son los materiales de mi vida: aire, toneladas de aire aglutinadas por unas gotas de sangre. Si al final de mis días me pidieran un resumen de mi paso por la tierra, poco más podría añadir.

Quizá, para llenar el silencio, diría que trabajé durante muchos años en una Caja de Ahorros. Que estuve casado con una mujer a la que no amaba. Que tuve un hijo. Que lo dejé todo porque estaba harto, porque sólo se vive una vez, porque me creía capaz de hacer un mundo a mi medida. Diría que soñaba con ser escritor y que un estilista, en mi sueño, tallaba una enorme columna de piedra. Diría que la Biblia habla de una ciudad –Soar– donde Lot se refugió. Diría que hay un lugar al norte llamado precisamente Valsoar, donde yo me refugié. Diría que mi perro se llamaba Nelo, pero que Nelo ya está muerto. Diría que me enamoré cuando ya mi corazón no tenía hueco para el amor. Diría, para inspirar clemencia, que fui niño una vez. Que mi padre murió demasiado pronto. Que vivir es difícil y que nadie nace con un libro de instrucciones. Diría que fui torpe, que cometí muchos errores, que mis errores me trajeron a esta celda. Diría que esta celda es pequeña y tranquila. Que hay en ella dos literas de obra, dos colchones mugrientos, un retrete sin puerta que se encharca cada mañana con el agua de la ducha. Y diría, sobre todo, que también hay en ella una ventana, una minúscula

ventana que es todo mi futuro, una ventana como la que aparece en mis mejores recuerdos, como aquella por la que veía nevar una mañana de diciembre, en mi refugio de Valsoar, cuando el escepticismo y la esperanza caminaban todavía de la mano...

Diría que esa mañana de diciembre, en Valsoar, la ventana de mi dormitorio filtraba una claridad plomiza, vaporosa y tenue como la aureola de los santos en aquellas viejas películas del cine de la Caja, cine destartalado y enorme a cuyas puertas, los sábados invernales de mi infancia, hacíamos cola una chiquillería de narices rojas y pasamontañas de lana. Una claridad como la que desprendían las manos del padre Damián en Molokai, la isla de los leprosos, como la que refulgía en la armadura de Ivanhoe mientras cabalgaba hacia el castillo de Coningsburgh, como la que nosotros soñábamos luego en nuestras espadas de madera pintadas de purpurina. Una claridad que, sin embargo, a pesar del encadenamiento de sensaciones y recuerdos, era distinta y nueva, nunca sentida, homogénea y enigmática, capaz de difundirse por toda la estancia a partir de aquella minúscula ventana abierta en el muro de piedra.

Diría que aquélla mañana, todavía en la cama, arropado bajo las mantas como un topo en su madriguera, yo gozaba esa calidez perezosa de las sábanas que tanto se parece al amor compartido, desgranando los pensamientos absurdos que me llegan en la duermevela, más próximos al tacto que a la lógica, sólo geniales hasta que la evidencia del día se encarga de disiparlos. En esos minutos de mi recuerdo, por ejemplo, deduje que aquella claridad difería de la luz en el silencio. Luego deshice el rebujo de la almohada, incorporé la cabeza, me sentí envuelto por el vaho frío que impregnaba las paredes, la mesilla, la palangana de chapa esmaltada, y pensé que el gran armario de nogal me miraba desde el fondo de la alcoba con atención fósil, que la empañada luna de su espejo era en realidad el ojo vigilante de un cíclope mudo. Vagamente descubrí la imagen de mi cama.

Sobre ella, un crucifijo clavado desde hacía quién sabe cuántos años en la pared del cabecero –y puesto, sin duda, con una fe mil veces más fuerte que la mía para quitarlo– se reflejaba asimismo en la pupila rectangular del cíclope, vidriosa de humedad y cataratas. Con aquella cruz en lo alto, la luna del espejo parecía una esquila desierta y enorme, orlada con precisión por el marco negro de la puerta. Me costó forzar los párpados. Ladeé la cabeza para comprobar la certidumbre de mi reflejo. Y supe que así me vería en mi lecho de muerte, con el cuello estirado para capturar una última bocanada de aire antes de abrir los ojos al despertar definitivo.

Ciertamente, yo había dormido con la profundidad y mansedumbre de un muerto, o de un feto acurrucado en el vientre de la noche, guardado por el frío, acunado por un silencio tan hondo como la nada. No había sentido el ruido del agua en el regato que corría al pie de la casa. No había ululado la lechuza. Ni tan siquiera el Nelo había ladrado.

Una corazonada me hizo saltar de la cama y acercarme al ventanuco para comprobar la causa de aquella claridad y de aquel silencio, el presentimiento, convertido en certeza, de que había nevado durante la noche. Limpié con la mano el vaho de los cristales y un paisaje dilatado y blanco se extendió ante mis ojos. Un grueso manto de nieve cubría los tejados del pueblo, las vacías tenadas de las ovejas, la urdimbre desnuda de los avellanos y las zarzamoras que flanqueaban el camino del río. El vaho volvió a empañar los cristales.

Como venía sucediendo desde los tres últimos amaneceres, me parecía imposible que el agua de la palangana no estuviera cubierta por una capa de hielo. Rápidamente me lavé la cara, tiritando, repitiéndome una y otra vez que no hay mejor tónico para espabilar el alma y desperezar los huesos.

Mientras se calentaba el café, bajé al zaguán y abrí la portona para que entrara el Nelo. Una bandada de jilgueros huyó de los cardos crecidos

junto a la cerca –esos grandes cardos de cabeza plumosa que les sirven de despensa durante el invierno– cuando el perro, tras estirar las patas y bostezar con un aullido satisfecho, salió de su caseta y vino a mi silbido hundiéndose en la nieve, barriéndola y levantando nubecillas heladas con el movimiento alegre de su cola.

Instintivamente pensé en mis compañeros de trabajo, en mis antiguos compañeros de trabajo, para ser exactos, que a esa hora estarían encendiendo la pantalla de los ordenadores de la Caja de Ahorros, desde el departamento de Programas del que yo fui subdirector durante los últimos dos años hasta la más pequeña sucursal de barrio, una sucursal como aquella en la que comenzó mi trabajo para la Entidad, o como aquella otra, más lejana en el tiempo, en la que un mocoso de nariz colorada y sabañones en las manos solicitaba entradas para el cine de los sábados. La Entidad... Ambiguo eufemismo para designar a la Caja de Ahorros y M. de P.: así desde siempre y para siempre, con esas dos siglas vergonzantes cuya función no era la de ahorrar espacio en los membretes de las cartas, sino la de enmascarar ese otro eufemismo de Monte de Piedad que se arrastraba como un lastre obsoleto, como una coletilla de tiempos infames. ¿Por qué no Montaña de Compasión –M. de C.– para nombrar una casa de empeños, o C. de C. –Cordillera de Caridad– para definir una oficina de préstamos?

–Pareces un especialista en preguntas idiotas –me dijo mi madre hace muchos años. Preguntas semejantes a éstas, formuladas por primera vez cuando, bajo el flexo de aluminio de mi habitación en la casa paterna, terminado el Bachillerato, preparaba las oposiciones para auxiliar de la Caja, designación menos engolada y más certera. La Caja. Una caja no tan distinta de aquella, de zapatos, en la que yo guardaba mis gusanos de seda, siempre atento a su desarrollo, a su alimentación con las hojas de morera que me procuraba en el jardín de La Isla, a la fabricación del capullo de seda cuyo hilo de Ariadna, cabalgando junto a Marco Polo por las páginas

del libro que mi padre me regaló al cumplir los nueve años, me habría de transportar a las soñadas tierras del Gran Khan. La Caja. Una caja tampoco muy distinta de esa otra, de madera, en la que mi padre fue enterrado cuando yo cumplí diecinueve años. La Caja en la que, durante otros diecinueve, alguien se encargó de ir echando cada mes unas hojas de morera para que yo siguiera tejiendo los hilos, ahora electrónicos, del gran capullo –red informática lo llamábamos– que unía la Caja Central con todas y cada una de las pequeñas cajas esparcidas por todos y cada uno de los barrios y pueblos principales de la Ciudad y Provincia, cajas en las que otros pequeños gusanos de seda, como yo, tejían sus respectivos capullos y eran alimentados con las mismas hojas de morera.

El café caliente poseía los efectos de un bálsamo para mi espíritu. En los últimos meses había tomado la extraña costumbre, heredada de mi padre, de tomarlo en un plato hondo, lleno de pan y rociado de azúcar. Era un rito. Mientras el agua borboteaba y el Nelo se escondía bajo la mesa, temeroso del pitido final de la cafetera, yo troceaba con las manos el pan sobrante del día anterior, espolvoreaba azúcar sobre la pequeña montaña formada en el plato y, cuando el brebaje estaba listo, convertía ese montículo de pan (M. de P. también, aunque menos sólido que el de la Caja) en un islote que se iba desmoronando ante el empuje de una pleamar oscura y aromática, envuelto en la niebla del café humeante.

Ése era uno de los pequeños placeres que mi soledad se permitía, lo que no quiere decir que mi vida, en medio de su austeridad, fuera un continuo sacrificio. Al contrario, siempre he sido un hedonista, acaso todos lo somos, y el modo de vida elegido por mí no era, en el fondo, sino una autoafirmación en el hedonismo, en el gozo desnudo de vivir sin trampas ni artificio. Por eso me acordé de mis antiguos compañeros de trabajo al ver el vuelo de los jilgueros, las nubecillas de hielo que mi perro levantaba con la cola. Ésos eran placeres vedados para ellos, sensaciones que ni tan siquiera

podrían intuir. Absortos en la pantalla de sus ordenadores (es mi propia experiencia quien me lo confirma) los días se van convirtiendo en un suma y sigue que nunca comienza ni termina, un monótono balance de saldos acreedores y deudores, una infinita lista de números rojos y negros que codifica las actitudes hasta el significado de los detalles más insignificantes: el engolamiento de la voz, la sonrisita rastrera, el apretón de manos... La monotonía cotidiana y el fingimiento necesario, o la amabilidad impuesta, son los mejores aliados de la subsistencia. Todo responde a una fórmula para que los intrincados mecanismos de la vida en sociedad se nos hagan más livianos, para que la condena del sustento no recuerde cada minuto la expulsión del paraíso. Así –mientras que el fingimiento, al desvirtuar nuestros verdaderos impulsos, nos hace soportables los unos a los otros–, la monotonía, contrariamente a lo que cabría esperar, no hace sino desvirtuar la vivencia del tiempo, acelerar su paso hasta hacerlo igualmente soportable.

–El tiempo vuela –solía decir Martínez, mi superior jerárquico–, una mariposa de oro que debemos convertir en cifras.

–Lo único bueno de que el tiempo pase tan deprisa –respondió Amadeo una mañana sin levantar la vista de su pantalla– es que se hace menos lenta la espera de la nómina.

Amadeo era un tipo fuera de lo corriente, inteligente y reservado, se diría que tímido, aunque no por ello careciera de un ramalazo extrovertido y genial, surrealista en ocasiones, especialmente a medida que transcurría la mañana y sus salidas al bar, cada vez más frecuentes, iban tonificando su corazón. Lo perdían –o lo ganaban– sus aficiones al alcohol y al juego, sin las que yo nunca hubiera ocupado el puesto de subdirector de Programas. No por ello me guardaba rencor e incluso, creo que puedo asegurarlo, yo era la única persona del departamento por la que sentía verdadero afecto.

–Las primeras veces duele –me dijo–, pero eso no es lo malo de que

te den por el culo. Lo malo es que con el tiempo te acostumbras y le vas sacando el gusto.

El alcohol, a veces, le hacía parecer grosero, pero nunca restaba lucidez a sus palabras sino que, por el contrario, las volvía más fluidas y certeras, más amargas también a medida que las iba desnudando, cubriendo apenas con un velo de ironía su descarnada sinceridad.

–Atados a una nómina, Simón; eso es lo que nos pasa a cada uno de nosotros, que estamos atados a una nómina y no tenemos el suficiente coraje para mandarlo todo a la mierda.

Hablaba sin mirarme, atento a los círculos concéntricos que hacía la ginebra en la copa que su mano sujetaba con un temblor imperceptible.

–No deberías beber tanto –le dije tras apurar el último sorbo de mi café con leche de ciudadano bienpensante.

–Atados a una nómina... –repetía sin oírme y sin mirarme–. ¿No ves a los pajarillos del cielo, que ni aran, si siembran, ni cosechan el trigo y, sin embargo, su Padre Celestial los alimenta?

–Tus hechos contradicen a tus palabras, Amadeo –aunque no soy una persona especialmente religiosa, yo estaba molesto por el tono de jocosa seriedad con el que había pronunciado su cita evangélica–. Si fueras consecuente con lo que dices, perderías menos tiempo en el casino y, de una vez por todas, abandonarías tus programas informáticos de combinaciones, variaciones y permutaciones para dar con los números de unas estúpidas bolas en unos estúpidos bombos...

Me miró profundamente a los ojos, sin mostrar la menor irritación por la vehemencia de mis palabras:

–Me contradigo, claro que me contradigo. ¿Es que nunca aprendiste que la contradicción es lo que nos hace verdaderamente humanos?

Terminé mi desayuno. La historia de Amadeo tenía un final trágico y

yo no estaba dispuesto a que nada ni nadie oscureciera esa mañana en la que culminaban cuatro meses de trabajo, una mañana en la que la naturaleza se aliaba con mi esfuerzo y me ofrecía el regalo de las primeras nieves.

Salí a la calle. Ninguna huella perturbaba el manto blanco que cubría la carretera. En cumplimiento del pacto contraído con mis vecinos ausentes, crucé hasta su casa y, tras comprobar que tenían pienso los comederos de las gallinas y que su agua, como el de mi palangana, tampoco se había helado, recogí los huevos puestos durante la noche y volví a cerrar el corral. Sobre la nieve, las huellas de mis botas habían dejado una brecha que se me antojó herética, una ruptura del orden natural de las cosas, de la armonía de un mundo donde el hombre era extranjero y extraño, un invasor que desconocía el idioma de los seres inertes, la escritura invisible de ese inmenso código, abierto e inmaculado, que contenía el aliento de la Creación y que yo había pisoteado con la ignorancia (e inocencia) de un bárbaro en la biblioteca de un monasterio recién conquistado, de un guerrero feliz y analfabeto que limpiara sus espuelas con los pergaminos miniados del Libro de los Salmos.

Cruzando por el sendero de mis propias huellas, regresé a mi casa, al antiguo gallinero donde los troncos de encina, apilados contra la pared, ofrecían un aspecto reconfortante. Su tacto era cálido, seco su olor. Y verlos allí, en una pila perfecta, me daba una sensación de seguridad, de confianza en el futuro y en mí mismo. Tomé una brazada de leña y me dirigí al estudio recién terminado, a la chimenea que aguardaba –nunca mejor dicho– la prueba de fuego.

Quien no haya levantado un tabique con sus propias manos, claveteado la tarima de un suelo o retejado una gotera pertinaz, difícilmente podrá comprender la alegría que experimenté cuando el humo del periódico, tras las primeras bocanadas, comenzó a subir por la chimenea

con un bufido sordo y presuroso. Sentado frente a las llamas, contemplaba mi obra con la misma satisfacción que debió de sentir Brunelleschi al comprobar que la cúpula de Santa María del Fiore seguía sosteniéndose tras retirar el andamiaje de su clave.

La nieve fuera y el fuego dentro, el silencio subrayado por el crepitar de los troncos, la conformidad del Nelo tendido a mis pies para completar una tópica y utópica estampa de la felicidad, producían en mi ánimo la impresión de una meta alcanzada, un sosiego parecido al ronroneo de un gato, una sensación que me devolvía a los recuerdos más lejanos de la niñez, cuando, de rodillas sobre un taburete de enea, me pasaba las horas muertas junto a la lavadora de mi madre, su primera lavadora, una vieja *Otsein* a la que yo, mecido por el runrún monótono de la máquina, por los vapores cálidos que de ella emanaban, me asomaba para contemplar el movimiento de una ropa que aparecía y desaparecía en la superficie gris y jabonosa del agua. Tendría entonces unos tres o cuatro años –todavía no acudía al parvulario– y hoy, después de tanto tiempo, me resulta curioso comprobar cómo todavía recuerdo aquella marca, el rizo superior de la *O* mayúscula, el rasgo alargado de la *t*, el rabillo en el que finalizaba la *n* con la suavidad y elegancia de una curva que yo, en los años siguientes, trataría inútilmente de emular entre las dos rayas de mis cuadernos de caligrafía, aquellos cuadernos de Hijos de Santiago Rodríguez en cuyas pastas, previsores ante una posible pérdida, escribíamos nuestros nombres y direcciones los mismos mocosos que en las tardes de los sábados hacíamos cola ante el cine de la Caja de Ahorros.

El recuerdo de tales cuadernos me levantó de la silla. Nelo, extrañado pero fiel, siguió mis pasos hasta la repisa que sostenía la pequeña biblioteca del estudio, equipaje de naufrago que yo había traído a mi isla. Tres gruesos cuadernos de espiral, última compra antes de abandonar el barco de la civilización, aguardaban entre el *Walden* de Thoreau y *El*

Horticultor Autosuficiente de John Seymour. Tomé uno de ellos, acerqué la mesa a la ventana y me senté de espaldas al fuego, frente a los cristales todavía empañados que permitían intuir el armazón desnudo de los ciruelos. Al abrirlo sentí en los dedos un temblor apenas perceptible, parecido al de Amadeo ante una copa de ginebra.

Pobre, maldito Amadeo. Me había hecho el propósito de que su recuerdo no perturbara esa mañana en la que por fin, encendida la chimenea y terminadas las obras de la casa, disponía de tiempo, de todo el tiempo del mundo para sentarme frente a un cuaderno casi vacío, con sólo tres páginas garabateadas una tarde de otoño:

EL CIELO DE NOVIEMBRE –había escrito– derramaba en el horizonte su lastre de sangre. Entre las volutas de humo ascendían, verticales, las primeras estrellas. Pero el olor acre de la carne quemada se extendía a ras de suelo por toda la llanura, impregnando la tierra como el aceite viscoso que goteaba de las piras, destilando en los caminos, en el barro, en las minúsculas briznas aplastadas por los cascos de los caballos la náusea horizontal de los cadáveres desnudos, despojados primero de ropajes y armaduras y arrojados luego, para evitar la peste, sobre alguna de las múltiples hogueras esparcidas por el campo de batalla.

En la luz irreal del atardecer, aquel escenario de muerte se iba tiñendo de una tonalidad enigmática que arropaba el cansancio de los vencedores, de una belleza cruel pero innegable, de un halo de lejanía que mitigaba los relinchos de las yeguas destripadas, los gemidos de los soldados agonizantes, el choque metálico de las armas amontonadas en las carretas de bueyes que transportaban el

botín de guerra.

Poco antes de que el ocaso diera paso a la noche, comenzó a caer la niebla sobre la llanura. Desposeídos de la luz, los sonidos de hombres y animales adquirieron su auténtica dimensión de dolor y muerte. Un rumor sordo del que sobresalían gritos de auxilio, oraciones entrecortadas, lamentos largos como el aullido de los perros en los plenilunios de invierno.

Hasta esa hora, los mejores jinetes habían estado persiguiendo a los vencidos, dando caza con sus arcos a quienes todavía conservaban un caballo capaz de galopar, segando a golpe de sable las cabezas de quienes huían a pie, atravesando con sus azconas las espaldas de aquellos que caían.

De regreso a sus filas, a mitad de la loma coronada en aquella persecución, uno de los jinetes frenó a su montura para contemplar la niebla que caía sobre la llanada en llamas. Agotados ambos por el esfuerzo, el hombre soltó las riendas del animal y acarició sus crines sudorosas. El caballo se detuvo junto a un espino blanco que todavía conservaba, arrugados y rojos, los frutos de sus rosas. Abajo, en la llanura, las hogueras tiritaban como grandes luciérnagas ebrias de vino y azufre. El caballero alzó los ojos. Brillaban las estrellas en lo alto del cielo y en el horizonte, hacia levante, una claridad anaranjada anunció la salida de la luna. Transfigurada por su resplandor, la niebla horizontal de la hondonada semejaba una laguna plateada y quieta de la que emergían pequeños volcanes humeantes. Un gemido débil llegó entonces a los oídos del jinete. Una queja frágil y

cercana, inaudible de no haber brotado casi en las mismas herraduras del caballo. Un susurro que repetía en un idioma extraño ciertas palabras que el caballero no pudo comprender, pero en las que se podía intuir la evocación de horas dichosas, el aliento de un corazón lejano, el tacto de un encuentro al otro lado de su dolor: “*Labbaika... Labbaika...*”

Descabalgó el guerrero, espada en mano, y se acercó al bulto que yacía bajo el espino.

–¿Quién sois? –preguntó. Pero sólo el gemido intraducible respondió a su pregunta. Levantó la cabeza del caído y arrancó su yelmo con brusquedad. Si una flecha le hubiera partido el pecho, no habría sido mayor su gesto de sorpresa: su mano sujetaba una cabeza de largo cabello rubio y rostro imberbe, hermoso y pálido como el de una virgen de mármol en el altar de una iglesia.

El moribundo, con un hilo de voz, tendió una mano a la espada del jinete y llevó la otra a su propio pecho: “Matadme, por piedad... –parecía decir en su idioma extranjero–, liberadme de este sufrimiento que me traspasa el alma...”

Aflojó el caballero los correajes del vencido, lo despojó de su armadura y rasgó con sus manos el jubón de seda que cubría su piel estremecida. Dos pechos de mujer se abrieron a la noche, iluminados por la luna, con un reguero de sangre cayendo hacia la axila y los pezones encogidos por el dolor.

–*Allahomma... Allahomma...*

El caballero, perplejo, no daba crédito a sus ojos:

–A Mahoma parece que llamas, pero antes de llevarte con él debo saber si eres gallo o gallina.

–*Labbaika, Allahomma...* –se debatía el caído–: *Labbaika, Allahomma...* –sílabas que aleteaban en sus labios exangües, palabras que tenían ausencia de significado pero tacto de plumas en los tímpanos de quien apartaba sus manos trémulas, manos de doncella púber, de cera, sin aliento para resistirse al momento en que las suyas, encañecidas por la espada, penetraron entre aquellas dos piernas sin vida.

–Hembra y macho, gallo y gallina –murmuró al cabo el jinete con voz entrecortada, perplejo ante aquel andrógino que le mostraba dos mundos paralelos y enfrentados que se fundían en una realidad desasosegante e insospechada, diabólica sin duda.

Aturdido por su descubrimiento, se incorporó con paso vacilante. Alzó su espada. Una estrella brilló en los ojos del herido, clavados en sus propios ojos, en sus córneas enrojecidas por el polvo de la batalla, en sus pupilas dilatadas y confusas. Aquellos ojos eran espinas en sus ojos. Contrajo los párpados y los dientes. Tenía en la mirada el vaho frío de la niebla, barro seco en la saliva. Apretó con ambas manos el pomo de la espada y dejó que la luna resbalara por su filo. Luego la hundió con fuerza en el canal de aquellos pechos de pezones encogidos y sintió que le alcanzaba los dedos un borboteo viscoso, un breve surtidor de sangre, una columna de granate crecida, por un instante, hacia la noche inmensa.